

a veces con paso presuroso. Da Messina unas palmaditas en la espalda de este Sánchez a quien Ottone sonríe y dice alegre:

—Vaya, Sánchez, vaya y traiga a la señora.

Mira Sánchez hacia los pasillos y luego a los doctores. Deja las llaves sobre la mesada del hall y dice:

—Veo que tienen algunos problemas. Pero yo soy el portero, y mi turno terminó a las diez. —Y se retira.

Messina mira las llaves que han quedado al lado de la estatuilla y luego, desesperanzado, mira a Ottone, doctor que a la vez mira a Messina, aunque sus percepciones tienen que ver ahora con otras cosas, cosas como Sánchez bajando las escaleras, Sánchez sintiendo el aire frío de la calle en la cara, Sánchez pensando en que siempre está más desabrigado de lo que debería, y que todo es culpa de su madre que, a diferencia de otras madres, nunca le recuerda las cosas. Piensa entonces Messina en Sánchez subiendo al colectivo ciento treinta y cuatro, ramal dos, o tres, los dos van, y cuando está a punto de pensar en Sánchez abriendo la puerta de su casa, casa lógicamente de este mismo Sánchez, lo que ve es a la señora Fritchs, o mejor dicho, no la ve, o más bien la ve desaparecer ante sus ojos. Entonces dice Messina al doctor Ottone:

—¿Vio eso, Ottone?

—¿Ver qué?

—¿No vio eso?

Ottone está a punto de responder, y este inminente momento se deduce por su dedo índice que, lentamente, comienza a ascender hacia la altura de su cabeza, pero cuando lo hace, cuando este dedo llega a la altura citada y Ottone enuncia sus primeras palabras, entonces este doctor, el doctor Ottone, se encuentra no con el doctor Messina, sino con Clara, es decir su esposa, en su casa, los dos en pijama.

En un pasillo del hospital, ahora aún más lejos de su consultorio, Messina se pregunta, una vez más, qué hace ahí a esas horas de la noche, a medio vestir, o desvestir, con una estatuilla en la mano y, cuando va a preguntarse eso pero en voz alta, lo que queda ahora es, simplemente, el pasillo del hospital, vacío.

SAMANTA SCHWEBLIN: PAJAROS EN LA BOCA
Y OTROS CUENTOS (Random
House, 2017)

MI HERMANO WALTER

Mi hermano Walter está deprimido. Lo visitamos con mi mujer todas las noches, cuando volvemos del trabajo. Compramos algo de comer —le gustan mucho las papas fritas con pollo— y le tocamos el timbre alrededor de las nueve. Atiende y pregunta «¿Quién es...?» Y mi mujer dice «¡Nosotros!». Y él dice «Ah...», y nos deja entrar.

Una decena de personas lo llaman por día para ver cómo está. Él levanta el tubo con esfuerzo, parece que le pesara una tonelada, y dice:

—¿Sí?

Y la gente habla como si mi hermano se alimentara de estupideces. Si le pregunto quién es, o qué quiere, él es incapaz de responder. No le interesa en lo más mínimo. Está tan deprimido que ni siquiera le molesta que estemos ahí, porque es como si no hubiese nadie.

Algunos sábados mi madre y tía Claris lo llevan a las fiestas de adultos del salón, y Walter se mantiene sentado entre cumpleaños cuarentonas, despedidas de solteros y recién casados. Tía Claris, que siempre le busca el lado esotérico a las cosas más simples, dice que cuanto más deprimido está Walter más feliz se siente la gente que está alrededor. Esto es una verdadera estupidez. Lo que es verdad es que desde hace unos meses las cosas en la familia están mejorando. Mi hermana finalmente se casó con Galdós, y en la fiesta mi madre conoció, en un grupo de gente que bebía champaña y lloraba de la risa en la mesa de mi hermano, al señor Kito, con el que

ahora vive. El señor Kito tiene cáncer, pero es un hombre con mucha energía. Siempre está bien dispuesto y es atento con mi madre. Es el dueño de una cerealera, y amigo de la infancia de tía Claris. Galdós y mi hermana compraron una granja, lejos de la ciudad, y empezamos a tomarnos la costumbre de juntarnos ahí los fines de semana. Mi mujer y yo pasamos a buscar a Walter el sábado a primera hora y para el mediodía ya estamos todos en la granja, esperando el asado con una copa de vino y esa felicidad inmensa que dan los días de sol al aire libre.

Un único fin de semana faltamos hasta ahora, porque Walter estaba engripado y se negaba a subir al coche. Sentí que debía avisar al resto que él no vendría, entonces empezaron a llamarse entre sí, planteando si valdría o no la pena reunirnos sin él, y para la hora en la que Galdós empieza a servir el asado ya todos habíamos renunciado a la salida.

Ahora tía Claris sale con el capataz de la granja y somos pares en la familia, menos Walter, claro. Hay una silla cerca de la parrilla, que él eligió el primer día que lo llevamos a la quinta, y de la que no se levanta. Quizá le gusta porque siempre está a la sombra. Tratamos de mantenernos alrededor, para animarlo o hacerle compañía. Intentamos hablar de temas más o menos superficiales, siempre con optimismo. Mi hermana y mi mujer, que se llevan de maravilla, comentan para todos las novedades de la semana. Y siempre hay ocasión para felicitar a Kito por los alentadores resultados de su tratamiento contra el cáncer, a Galdós por la creciente rentabilidad de la granja, y a mi madre porque, simplemente, la adoramos. Pero el tiempo pasa, y Walter sigue deprimido. Tiene una expresión fatal, cada vez más triste. Galdós trae a la granja a un reconocido médico rural que enseguida se interesa en el caso de Walter. Pide una silla y se sienta frente a él. Quiere intimidad y los dejamos solos un rato. Esperamos bajo la galería de la casa. Conversamos con disimulo, con nuestros aperitivos en la mano, hasta que el médico regresa de la sombra. Se lo ve confiado. Le digo que se ve joven, estupendamente bien, y él

dice de mí lo mismo. Dice que Walter necesita tiempo, pero tiene fe. Así que el médico nos cae bien. Nos consultamos por teléfono en la semana y todos acordamos en que parece un gran tipo, y lo invitamos a la granja con más frecuencia, para afianzar el tratamiento de Walter. No nos cobra nada. Su mujer viene también, charla con mi mujer y mi hermana, y acuerdan verse en la semana en el centro, para ir juntas al cine o al teatro. Entonces el médico rural, Kito y Galdós, charlando amenamente alrededor de Walter, fumando y comentando tonterías para animarlo un poco, tienen una gran charla de negocios, y emprenden juntos una nueva línea de cereales, bajo la firma de Kito, pero en la granja de Galdós, y con una receta más saludable que el médico desarrolla con sumo éxito en las siguientes semanas. Yo, sumado al proyecto, tengo que estar en la granja casi todos los días, así que cuando mi mujer queda embarazada nos mudamos también a la granja, y nos traemos a Walter, que prácticamente no opina sobre los cambios. Nos alivia que esté acá con nosotros, verlo sentado en su silla, saber que está cerca.

Los nuevos cereales se venden muy bien y la granja va sumando empleados y compradores mayoristas. La gente es amable. Todos parecen estar muy conformes acerca de cómo hacemos las cosas y el precio que ponemos por ellas. Confían en el proyecto. Nos mueve una energía optimista que sigue teniendo sus momentos de esplendor los fines de semana, cuando el asado cada vez más concurrido de Galdós empieza a dorarse en las parrillas y todos esperamos ansiosos con las copas en la mano. Estamos haciéndolo bien. Y ya somos tantos que casi no hay un segundo en el que Walter se quede solo. Nos alivia saber que siempre hay alguien peleando la silla que el médico dejó junto a él, en la sombra, alguien dispuesto a alegrarlo, ansioso por contarle buenas noticias, por hacerle ver lo feliz que cualquiera de nosotros puede llegar a ser si realmente se esmera en eso.

La empresa crece. El cáncer de Kito al fin queda erradicado y mi hijo cumple dos años. Cuando lo dejo en brazos de

Walter mi hijo sonrío y aplaude, y dice «Soy feliz, soy muy feliz». Tía Claris viaja con el capataz. Un tour por el Mediterráneo europeo los entretiene dos meses. Vuelven y se sienten aún más unidos a mi hermana y a Galdós, que vienen de las costas mexicanas, y los cuatro se pasan las tardes intercambiando fotos. Van al casino algunas noches y, cada vez, ganan mucho dinero. Así hacemos nosotros las cosas. Con el dinero, y asesorados por el intendente, fundan una sociedad y compran cerealeras de la competencia. Para Año Nuevo la empresa invita a casi todo el pueblo que rodea la granja —porque ya prácticamente todos trabajan acá—, y a los mayoristas, y a los amigos y a los vecinos. El asado se hace a la noche. No hay que traer nada, tenemos todo para dar. Una banda toca en vivo ese jazz de los años treinta que te hace bailar hasta sentado. Los chicos juegan con las guirnaldas, enredando las sillas y las mesas, riéndose de todo.

Yo hace tiempo que cada tanto llevo aparte a mi hermano, o busco un momento en el que estemos tranquilos, y le pregunto qué le pasa. Él mantiene su silencio, pero deja automáticamente de mirarme a los ojos. Pienso que es difícil preguntárselo ahora, porque son las doce en punto y con el brindis tiramos fuegos artificiales, de esos que iluminan el cielo entero, y la gente grita y aplaude, y pide más. Veo a Walter sentado en su silla, la espalda de Walter, y a mi hijo pasar corriendo junto a él, arrastrando su guirnalda. Pero la pierde, se le cae. Enseguida se da cuenta, y vuelve para buscarla. Entonces algo nuevo pasa: Walter se inclina hacia el piso y la levanta. Su movimiento me resulta insólito, me impide moverme, o decir nada. Walter mira la guirnalda, parece estudiarla con demasiada atención, y por un momento todo me parece confuso. Gris. Paralizado. Es solo un momento, porque enseguida mi hijo se la quita y regresa corriendo hacia su madre. Aunque reconozco el alivio, las piernas me tiemblan. Casi siento que podríamos morir, todos, por alguna razón, y no puedo dejar de pensar en qué es lo que le pasa a Walter, en qué es lo que podría ser tan terrible.